

“DUELO Y MELANCOLÍA”

Autora: Luciana Zelikowicz Zylberman.

Tutor: Manuel Baldiz.

Marzo del 2013.

ÍNDICE

Introducción -----	-3-
Duelo y melancolía -----	-4-
La película -----	-8-
Bibliografía -----	-11-

INTRODUCCIÓN

Después de un tiempo dándole vueltas, y a raíz de un suceso no grato muy cercano, elegí desarrollar mi primer trabajo de Máster sobre el texto de Freud “Duelo y Melancolía”, y pensé en compararlo con una película recomendada por un amigo, del director Lars Von Trier: “Melancholia”.

Así que, a partir de estas líneas, intentaré hacer una lectura sencilla y principiante acerca de la enseñanza que nos deja Freud de este diagnóstico diferencial, tan interesante para la clínica psicoanalítica, y en el que también esboza las primeras aproximaciones sobre la manía, su mecanismo y su relación con la melancolía.

DUELO Y MELANCOLÍA

El duelo es el proceso normal, paralelo a la melancolía. Es la reacción frente a la pérdida real de un objeto amado, o de una abstracción equivalente (libertad, ideales, etc.); es una pérdida consciente, en la que el sujeto sabe lo que pierde.

Este objeto que se ha perdido, tenía una carga libidinal para el sujeto, libido que el sujeto tendrá que ir desplazando, en el proceso y trabajo del duelo, hacia otros objetos de amor, puesto que el examen de realidad, como dice Freud, le muestra que dicho objeto ya no existe más.

Pero este trabajo del duelo, este acatamiento de la realidad, no se hace cómodamente ni enseguida, sino que implica un gasto de energía, una renuncia por parte del sujeto y un cambio en su posición libidinal. Este proceso de duelo absorbe al yo, y es por eso que se aprecian las características del cuadro: el talante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor en reemplazo del perdido, el extrañamiento respecto de todo lo que no tenga relación con la memoria de aquello perdido (este extrañamiento puede ser producto de la resistencia del sujeto a abandonar de buen grado su posición libidinal), y por último e importante, la inhibición y el angostamiento del yo. Así, una vez hecho el trabajo del duelo (trabajo que absorbía al yo), el yo vuelve a ser libre y desinhibido.

Vayamos ahora al proceso de duelo patológico: la melancolía. Según la describe Freud, se caracteriza por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad, y una rebaja en el sentimiento de sí, que se manifiesta con autorreproches y autodenigraciones que pueden llegar a una delirante expectativa de castigo. Como vemos, los rasgos son los mismos, pero a los dos procesos los diferencia uno en particular y que marca la diferencia: la rebaja del sentimiento de sí en la melancolía, el enorme empobrecimiento del yo.

La melancolía también es la reacción frente a una pérdida, pero en este caso no está tan claro que sea una pérdida real. *El objeto tal vez no está realmente muerto, pero se*

perdió como objeto de amor. Es decir, se sabe que se ha perdido algo, pero el sujeto no puede dar cuenta de qué es lo que pierde con ese objeto, es por eso que se dice que es una pérdida sustraída de la conciencia. Así, después de esta pérdida, el trabajo de la melancolía dará como resultado la inhibición que le es tan característica, ya que lo que en el duelo le pasa al mundo exterior, que se empobrece, en el caso de la melancolía le pasa al yo, dando lugar a que el enfermo se sienta indigno y miserable (delirio de insignificancia). Todo esto se completa con insomnio, repulsa del alimento, y en general un desfallecimiento asombroso de la pulsión de vida.

Sin embargo, es llamativo que el enfermo melancólico no se muestre antes otros así de miserable como dice sentirse, sino más bien pareciera que le falta la vergüenza y tiende a una sorprendente franqueza y un desnudamiento de sí mismo.

Entonces se podría pensar que en realidad lo que importa del sujeto melancólico no es si tiene o no razón sobre esta rebaja de sí, sino que esté describiendo bien su situación psicológica: *“él ha sufrido una pérdida de objeto, pero de sus declaraciones se deduce una pérdida en su yo”.*

Lo que está pasando con el yo es que hay dos partes que se contraponen, y una de esas partes (Ideal del Yo) juzga a la otra, la toma como objeto. Y en este juicio, sólo el empobrecimiento del yo ocupa un lugar privilegiado.

Pero la clave del cuadro melancólico la encontramos en las quejas del paciente, que si bien a priori esos autorreproches parecen dirigirse a sí mismo, resulta que *“son reproches contra un objeto de amor que desde el objeto han rebotado sobre el yo”.* Algunos autorreproches sirven para encubrir a otros y para dificultar el conocimiento de la situación, y muchos provienen de la disputa de amor que terminó en pérdida. Así, los enfermos se muestran siempre como si hubieran sido objeto de una gran injusticia, sin vergüenza, martirizadores.

Podríamos, ahora, hacer una reconstrucción y detenernos en el punto del proceso en el que, después de la elección de objeto, con su correspondiente ligadura libidinal, por una humillación o engaño de la persona amada, ese objeto se pierde provocando un sacudimiento en ese vínculo, y el resultado no es el esperado. Lo que pasa en la

melancolía es que esa carga libidinal del objeto perdido resultó tener poca energía de resistencia, y quedó libre; y esta libido no fue desplazada a otro objeto, sino retraída al yo (*"la sombra del objeto recae sobre el yo"*). Y es ahí donde la carga libidinal se sirvió para identificar al yo con el objeto perdido. Es así como este yo puede ser juzgado por una instancia particular, por el yo crítico, como un objeto: como el objeto abandonado.

Otto Rank explica este proceso mediante una elección narcisista de objeto, y justifica esta regresión cuando la investidura de objeto se encuentra con dificultades, como sería el caso de la melancolía. La identificación narcisista sería lo que sustituye a la investidura de amor, y como consecuencia de esto no puede abandonarse la relación amorosa, a pesar de lo ocurrido con la persona amada. O sea que, en la predisposición melancólica predomina el tipo narcisista de elección de objeto, que es la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo en que el yo distingue a un objeto (*"el amor proviene de la capacidad del yo de satisfacer autoeróticamente una parte de sus pulsiones; originariamente es narcisista, y después pasa a los objetos que se incorporan en el yo ampliado..."*). (*"Pulsiones y destinos de pulsión"*, 1915, pág.133). En realidad lo que el yo querría es incorporar/devorar a este objeto, de acuerdo con la fase oral-canibalística (de ahí es que Abraham atribuye la repulsa de los alimentos que vemos en los sujetos melancólicos). Se da un conflicto de ambivalencia que permite satisfacer las tendencias sádicas orientadas a un objeto pero retraídas al yo del propio sujeto, y a través del autocastigo, éste se venga de los objetos primitivos y se venga de sus amores por medio de la enfermedad, para no tener que demostrar directamente la hostilidad hacia ellos. Así, la investidura de amor del melancólico tuvo un doble destino, como dice Freud: por un lado, regresó a la identificación, pero por otra, bajo la influencia de la ambivalencia, fue trasladada hacia atrás, hacia la etapa del sadismo más próxima a ese conflicto.

Este sadismo nos aclara la tendencia al suicidio de los sujetos melancólicos, en la cual la única forma de desprenderse del objeto de amor es haciendo ese pasaje al acto puesto que el yo se trata así como ese objeto.

Pero la peculiaridad más notable de la melancolía es su tendencia, en ocasiones, a volverse del revés, y llegar a un estado maníaco que presenta los síntomas opuestos.

La alternancia entre la melancolía y la manía es lo que se conoce como la locura cíclica, o un trastorno bipolar maníaco-depresivo.

A diferencia de la melancolía, en la manía el yo se muestra con un dominio del sufrimiento que causó la pérdida del objeto, y se puede separar de éste y emprender nuevas investiduras de objeto. El yo vence la pérdida de objeto, o al duelo por la pérdida, o al objeto mismo, y queda disponible esa energía libidinal para la carga de otros objetos. En este estado, los combates contra la ambivalencia hacia el objeto se dan en el inconsciente, al igual que el proceso del duelo, con la diferencia de que en el duelo las ideas pueden llegar al pre-consciente pero en la melancolía no, hay represión.

Vemos así, que de las tres premisas de la melancolía: la pérdida de objeto, regresión de la libido al yo, y ambivalencia, es esta última la detonante del conflicto (las otras dos las podríamos encontrar en los reproches obsesivos posteriores a una muerte), y que cuando éste concluye, no queda rastro de rasgos maníacos. Entonces, aquello liberado al finalizar una fase melancólica, y que posibilita la manía, tiene que estar estrechamente relacionado con la regresión de la libido al narcisismo.

LA PELÍCULA: “MELANCHOLIA”

El film de Lars Von Trier narra la historia personal y familiar de dos hermanas, mientras el planeta Melancolía se acerca al planeta Tierra para estrellarse contra él, sin ninguna posibilidad de salvación. Estos dos personajes, Justine y Claire, muestran dos posiciones radicalmente opuestas frente a la vida: Justine, sin sentido vital, consintiendo una boda que protagoniza ausente aun y las imposiciones que le marca la familia y sociedad de lo que debería de ser la felicidad; y Claire, luchando para salvar lo imposible: primero la pasividad de su hermana y, en la segunda parte, la destrucción del planeta.

La película está dividida en dos partes; la primera nos muestra la boda de Justine con Micheal, que comienza con dos horas de retraso y de la que se intuye el fracaso que después se confirma. Durante la celebración, vemos a una Justine con constantes fugas: se escapa de la boda para luego volver, deja esperando a todos los invitados mientras ella se toma un baño, juega a la seducción con su marido pero después acaba manteniendo la relación sexual con el ayudante de su jefe, colocándose claramente como un objeto,... Y finalmente, Justine rompe lazos con todos.

En esta primera parte se observan, también, las características de la gente que rodea a Justine. Nos encontramos con una madre tirana, deprimida, incapaz de disfrutar y alegrarse por absolutamente nada de lo bueno que pueda estar sucediendo. Una madre frustrada y frustrante, de que la probablemente Justine necesitara una aprobación que jamás obtendrá; pero lo más importante: de la que necesitaría amor.

Por otro lado, nos encontramos con un padre antitético a Justine; casi en un estado maniaco permanente. Un padre que vive en su mundo, y que es incapaz de reconocer a Justine como sujeto. Hay, incluso, un momento en la película en que el que el padre la confunde con otra persona. Es un padre en el que ella no puede confiar, ya que no sostiene su palabra.

Por otro lado tenemos a un jefe que la usa, que lo único que pretende es sacar de ella un eslogan para una campaña publicitaria.

La hermana, como dije anteriormente, durante esta primera parte se muestra empeñada en sostener una imagen de la supuesta felicidad, y se ve frustrada una y otra vez por esta hermana menor que no puede conectar con nada de lo que ella espera. Claire pone mucha energía en salvar a Justine de este estado de falta de interés por todo, de esta fuga constante de la realidad.

Es cierto que la película ya empieza estando Justine en este estado, y que no sabemos cuál fue la causa de este. No sabemos cuál fue el objeto perdido para ella, o qué pérdida tuvo lugar. Lo que sí muestra Von Trier de una manera magnífica es esta pérdida sustraída de conciencia que plasma en Justine, así como este sentimiento de rebaja del Yo que la protagonista representa en escenas como en la que acaba acostándose con el ayudante del jefe como si ella fuera un objeto, y no un sujeto que elige.

Si pasamos a la segunda parte de la película, nos encontramos con los papeles cambiados. Vemos a una Justine segura y calmada en una situación que al resto que le produce mucha angustia, amparada en una certeza psicótica de que ella sabe que el planeta Melancolía se estrellará con la Tierra. Se muestra impasible ante la destrucción inevitable del planeta mientras Claire se desespera en busca de una solución; casi una situación paralela a la de la boda.

Podríamos comparar la destrucción de la Tierra con el autocastigo que Justine “merece” y que resolvería el conflicto de ambivalencia hacia los objetos de amor, para no tener que demostrar hostilidad hacia ellos. Así, esta tranquilidad sorprendente de Justine ante la destrucción la podríamos pensar como la tendencia sádica del sujeto melancólico en la cual, como dice Freud, la única forma de desprenderse del objeto es haciendo un pasaje al acto ya que el yo se trata a sí mismo como ese objeto del que el sujeto no puede desprenderse.

Paradójicamente, es en este pasaje donde Justine se muestra más como sujeto que como objeto; se podría pensar, incluso, que aparece algo casi del orden del deseo de

Justine, pero donde sigue primando toda una cuestión en torno a la pulsión de muerte como la salvadora de su enfermedad, como aquello que acabará con esta cuestión de elección e identificación narcisista que le impide a la protagonista investir otros objetos de amor.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S.: "Duelo y melancolía". (1917)
- Freud, S.: "Pulsiones y destinos de pulsión". (1915)
- Película "Melancholia", Lars Von Trier.